

EDNA AIZENBERG, *Borges, el tejedor del Aleph y otros ensayos: del hebraísmo al poscolonialismo*. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt/M.-Madrid, 1997; 169 pp.

Si hiciéramos un recuento rápido y superficial de la bibliografía borgeana en los últimos cinco años, nos encontraríamos con obras diversas: la reedición, autorizada por María Kodama, de los tres primeros libros de ensayos de Borges en Seix-Barral; la continuación de las obras completas en Emecé, hasta ahora en cuatro volúmenes (aunque ya anuncian el siguiente); los textos de la década 1919-1929 recopilados por Irma Zangara; las biografías de María Esther Vázquez, Alejandro Vaccaro y James Woodall; la compilación de los textos publicados en la *Revista Multicolor*; la recopilación bibliográfica casi completa en disco compacto de Nicolás Helft; el primer tomo, en traducción francesa, de las *Obras completas* editadas por Jean Pierre Bernés, para no hablar sino de algunas.

El interés de Edna Aizenberg por Borges se inició hace ya bastantes años y desde entonces ha ubicado ese interés en áreas no muy frecuentadas por la crítica convencional. Este *descentramiento* la obligó a defender su estudio y a demostrar la falsedad de uno de los tópicos más respetados (y por lo tanto menos estudiados) acerca de la obra del escritor argentino: que Borges exhibió un absoluto desprecio por lo social, por su entorno político y por los acontecimientos contemporáneos. Los tópicos de la crítica corren el riesgo de convertirse en lugares comunes y, peor aún, en artículos de fe. Desentrañar de la obra de un autor tales etiquetas es sumamente difícil; el libro de Aizenberg lo consigue.

La autora divide su libro en tres grandes apartados: "Itinerario judeo-borgeano", "Biblia, Kábala, gauchos judíos" y "Del hebraísmo al poscolonialismo". Esta presentación le permite exponer su material más fácilmente y de esta manera argumentar y demostrar sus tres hipótesis principales: Borges, el individuo interesado en luchar contra el antisemitismo; Borges, el escritor consciente de la importancia de la tradición bíblica y de la mística judía; Borges, el precursor del poscolonialismo. En cada uno de estos apartados van imbricándose otros temas adyacentes que aclaran y explican todavía mejor la influencia de la cultura hebrea en el autor de *El Aleph*: sus inicios ultraístas, la figura del gaucho judío y el feminismo, subtemas que, en tanto colaboran a la demostración central, definen y amplían el objetivo de la autora.

Este libro de Aizenberg viene después de anteriores propuestas sobre el mismo tema. En 1990 coordinó el volumen colectivo *Borges and his successors: The borgesian impact on literature and the arts* (University of Missouri Press) en el cual participó con un artículo sobre el hebraísmo de la teoría literaria contemporánea y Borges (pp. 249-

262) además de traducir dos conferencias poco conocidas de Borges: “El libro de Job” y “Baruch Spinoza”. En 1984 había publicado *The Aleph weaver: Biblical, Kabbalistic and Judaic elements in Borges* (Potomac, MD) que, ahora nuevamente presentado en español, forma las dos primeras partes —Itinerario judeo-borgeano y Biblia, Kábala, gauchos judíos— de *El tejedor... y otros ensayos*. En efecto, *The Aleph weaver* fue ya traducido como *El tejedor del Aleph: Biblia, kábala y judaísmo en Borges* (Altalena, Madrid, 1986).

La nueva edición ahora presentada omite, es de lamentar, la introducción al libro en inglés y añade o aligera algunas notas al pie. Podría decirse que es prácticamente sólo una traducción del original con el aumento de una tercera parte, “Del hebraísmo al poscolonialismo”, lo que sería importante si las tres partes constitutivas, es decir, el libro anterior y la nueva parte final, estuvieran realmente agrupadas y confluyeran en una sola línea argumentativa que lograra conjuntar ambos trabajos. Sin embargo, es necesario admitir que el objetivo de los dos primeros apartados se completa con solvencia. Por el contrario, presentar a Borges como autor poscolonial sólo debido a su marcado interés por la cultura hebrea sin estudiar, al mismo tiempo y detenidamente, las fuentes y los temas occidentales frecuentes en su obra, son dos decisiones que no casan fácilmente. Aizenberg pasa muy rápidamente sobre este último aspecto: su estudio sobre el uso de fuentes, temas y objetos de la cultura literaria occidental es muy somero, y poco convincentes sus pruebas de que Borges es autor poscolonialista. Habría que señalar, finalmente, que ese enfoque, aunque comprensivo, es igualmente falible, frágil y pasajero al igual que cualquier otro enfoque teórico. Más allá de las modas están los estudios históricos y los enfoques culturalistas (en su sentido amplio); si el estructuralismo y los otros métodos inmanentistas se han mostrado insuficientes para iluminar una obra, el poscolonialista puede caer en un reduccionismo peligroso y confundir el objeto con el método.

Arriba lamentábamos que en esta versión del libro hubiera desaparecido la introducción del original, puesto que en ella Aizenberg hacía una pregunta merecedora de un análisis más detenido y un tratamiento que matizara el uso de dos términos casi sinónimos en Borges: ¡judío y hebreo. En aquella introducción la autora decía: “The mention of Spinoza brings me to a question: how I define a Jewish element in Borges? The allusions to the Kabbalah or the use of kabbalistic ideas are obviously Judaic; so are the poems to Israel. Can the same be said of the biblical threads in Borges’s writing?” (p. ix). La distinción es necesaria y se anuncia intrincada. La primera consideración discriminante concierne al uso de los textos bíblicos en Borges, textos compartidos por dos grandes culturas, la judía y la cristiana; la siguiente se refiere al trabajo de elaboración borgiano directamente aludido por el autor en el epílogo a *Otras inquisiciones* en 1952, don-

de confiesa que su atracción por las ideas religiosas o filosóficas es primordialmente estético; y, por último, aquella que debe discernir entre lo judío y lo hebreo.

Aizenberg estudia la primer distinción recurriendo a la biografía del autor; ahí encuentra a Fanny Haslam, la abuela paterna, lectora incansable de la Biblia, a los amigos judíos de la adolescencia en Ginebra y a Cansinos-Asséns en Madrid. Ninguna de las dos culturas, la cristiana y la judía, será preferida a la otra durante esta etapa juvenil. Borges, escéptico irredento, no se interesa por la cultura judía de manera sistemática sino hasta después; su aprendizaje del alemán y su conocimiento de algunas novelas y autores judíos no son razón suficiente para señalar una propensión marcada del escritor por lo judío. Aizenberg, aunque consciente de estos hechos (pp. 15-25), no logra discernir con sutileza el problema. Borges no fue semitista, cierto, sus conocimientos bien pueden ser tachados de superficiales y estetizantes (según afirmó Scholem a Aizenberg, p. 81, nota 2), pero su acercamiento a esa parte de la cultura occidental fue más allá de un interés pasajero. La autora no desentraña convincentemente la cuestión: ¿Borges se interesó por la lección de la escritura sagrada judía o por la cristiana?

El segundo elemento discriminante para comprender el interés de Borges por lo judío se trata ampliamente. Las referencias a la cultura judía, las lecturas de escritores y filósofos de esa confesión, los muchos textos dedicados directamente al pueblo judío y a la nación israelí dan cuenta de su interés por ese vasto ámbito de la cultura occidental. Borges reconocía las aportaciones de los judíos a la ciencia, a la literatura, al arte y a la historia; durante toda su vida de escritor el argentino veneró, la palabra no es excesiva, la dedicación al conocimiento demostrada por el pueblo judío. Ese “bibliocentrismo” (pp. 84 ss.) fue para el escritor el lado más atractivo de esa cultura.

El tercer aspecto es consecuencia inmediata de los dos anteriores y término presupuesto para mostrar el “compromiso” de Borges contra el antisemitismo durante las décadas medias en este siglo tanto en Europa como en Argentina. Cuando Borges alaba la cultura y cuando exalta el valor guerrero y la paciencia y el sufrimiento de un pueblo, ¿está refiriéndose a lo mismo? En otras palabras, ¿judío y hebreo son sinónimos en Borges? Su entusiasmo durante la Guerra de los Seis Días es un claro ejemplo de que el escritor diferenciaba el pueblo judío de la nación israelí. Así entonces, sería necesario discernir entre la cultura del libro y el conocimiento y el concepto de pueblo perseguido, marginado y odiado, entre el héroe trágico y el estudioso, entre el nómada buscando sobrevivir y el sedentario erudito y místico, entre el hombre de guerra y el hombre de libros. Esta distinción erizada de problemas y sutil hasta la invisibilidad puede realizarse con paciencia y puede rastrearse en la obra de Borges con la suficiente

morosidad; si se respondiera a ella entenderíamos mejor su preocupación por las consecuencias del antisemitismo, también sus reclamos, cuentos, conferencias y alusiones a los excesos criminales de los antisemitas adquirirían un nuevo sentido. Una pregunta se impondría necesariamente: ¿Borges quería salvar a los individuos o quería preservar su cultura? Por más incómoda que pudiera ser la respuesta, nos daría una visión nueva sobre el argentino y su propia concepción sobre sus figuras exaltadas, el escritor y el héroe. Quizá la respuesta está en una amalgama inextricable de ambos términos y sus significados. Quizá la fascinación de Borges por lo judío es la nostalgia por (una de las formas de) lo heroico y la guerra. En el judío, tal vez, Borges enlaza tanto al intelectual como al soldado victorioso.

El libro de Aizenberg es valioso y sus propuestas y algunas de sus demostraciones son muy atractivas, tanto como para demoler viejos esquemas y presuposiciones sobre el autor como para señalar y desbrozar nuevas vías de acercamiento a la obra borgiana; el feminismo es quizá la más atractiva. Aunque Aizenberg remite a estudios particulares sobre este enfoque, su interés por los personajes femeninos (primordialmente Emma Zunz) se halla enlazado con el kabalismo, de ahí la breve referencia que dedica al feminismo: unas cuantas páginas finales. Las pocas mujeres que transitan por la obra de Borges se verían bajo una nueva luz si se les iluminara desde el poscolonialismo o desde el desconstruccionismo, pero, aunque su número es insignificante y su participación ínfima, el estudio feminista del *corpus* borgiano bien podría rendir frutos insospechados. Hasta el cansancio se ha dicho que en la obra del argentino los escasos personajes femeninos son seres desdibujados, grotescos o infantiles; éste, también, es uno más de los dogmas que merecen ser derribados cuando se habla de Borges; el libro de Aizenberg habría contribuido en buena medida. Esas pocas páginas finales hacen desear que ese estudio sea emprendido ya: la teoría literaria feminista está lo suficientemente madura como para entrar en un territorio muy repasado del que se requieren nuevos mapas y descripciones atractivas.

CÉSAR ALEJANDRO MÁRQUEZ AGUAYO
Universidad de Guanajuato